

enemigo con la División de caballería que es á mis órdenes compuesta de mil quinientos caballos, arrollando al 81 de línea que se encontró á nuestro paso, haciéndole varios muertos y prisioneros que llevo conmigo.—*T. O'Horan.*”

Preguntado el Sr. O'Horan por el Señor Ministro de la Guerra sobre el resultado del bombardeo que se anunció anteayer, y el estado en que dejaba la plaza, dijo en contestación:

“Ocotlán, Abril 14 de 1863.—Sr. Ministro de la Guerra.—El bombardeo de ayer fué sobre el Carmen, San Agustín y la Merced; pero á nuestras obras de defensa no las han perjudicado, pues estaba previsto el ataque. El Ejército enemigo no ha podido avanzar un solo palmo á pesar de sus esfuerzos.

Nuestra línea en las manzanas la conservamos; nuestras tropas tienen una seguridad absoluta de que Puebla no será tomada por el Ejército francés; en esta convicción descansan sobre sus armas, apuntadas constantemente sobre el enemigo, cargadas con tres balas y su bayoneta armada.

El Ejército francés, según sus prisioneros y nuestros espías, tiene la convicción de que no tomará á Puebla, porque cada casa es una barricada y cada manzana un castillo.

Las trincheras de nuestra primera línea de defensa tienen diez metros de espesor. Cada manzana interior y exteriormente tiene dos líneas de éstas trincheras; las segundas manzanas están fortificadas ya del mismo modo, y sigue la tercera línea.

La población pacífica hace sus negocios bajo los proyectiles del enemigo, pues se ha habituado á ellos despues de más de treinta mil que ha arrojado sobre la ciudad y sus defensores.

Los incendios que producen aquellos se apagan en minutos.

En la plaza se come toda clase de carne fresca y algunas vituallas que las traen de afuera, burlando la vigilancia de los sitiadores; los demás renglones todos hay, y pocas supresiones han tenido las mejores mesas. Carbón escasea, pero sobran las vigas de los edificios que están reducidos y los que se reduzcan á escombros.—*O'Horan.*”

*Mensaje del Sr. Ministro de la Guerra.*

“Sr. General D. Tomás O'Horán: Gracias mil por las interesantes noticias que vd. me comunica. Reciba vd. un abrazo, y délo á mi nombre á los valientes que lo acompañan, y sírvase decirme si entre ellos está la Legión del Norte.—*Blanco.*”

“Señor Ministro de la Guerra.—Recibido en México á la 1 y 15 minutos del día.

He cumplido con un deber y con una prevención del General en

Jefe y de todos los más de mis compañeros del Ejército de Oriente, asegurando al señor Ministro de la Guerra, para que lo trasmita al Gobierno, que el Ejército de Oriente defenderá á Puebla hasta sepultarse en sus escombros: así me lo encargaron todos los Generales y muchos de los jefes con quienes pude hablar antes de mi salida, la cual se anunció en la ciudad dos días antes de verificarla.

La valiente Legión de Honor con su bizarro jefe, Eugenio García, está aquí, y ella venía á la vanguardia anoche. En la función de armas que tuvo lugar para romper la línea, mi División sólo disparó tres pistoletazos; lo demás lo hizo con la punta de sus lanzas y con sus sables.

Retorno á vd. su afecto y la benevolencia con que trata á sus subordinados.—*T. O'Horán.*”

El Ejército del Centro, en observación constante de los movimientos del enemigo, supo que éste había mandado traer de Atlixco víveres para subvenir á sus necesidades; y quitarles todos ó parte de sus elementos, era prestar un servicio de importancia á la causa santa que defendía el Ejército de Oriente. Así lo comprendió el Sr. General Comonfort, y dispuso que una fuerza competente saliera á quitarle al enemigo su convoy. Del resultado se informarán mis lectores por los siguientes documentos:

“San Gerónimo, Abril 15 de 1863.—Recibido en México á las 8 y cuarto de la mañana.

Señor Ministro de la Guerra: Nuestras fuerzas que salieron rumbo á Atlixco sobre los franceses, han tenido ayer un fuerte encuentro que duró cerca de tres horas. Hasta este momento no tenemos pormenores que comunicar á vd.; pero por las noticias que han traído los correos, parece que nuestros soldados se han portado valientemente haciendo graves daños al enemigo, á quien quitaron el ganado, víveres y mulas que conducían á Cholula.

El Sr. General Comonfort, á pesar de hallarse enfermo á causa de las últimas fatigas, salió hoy á la madrugada, luego que tuvo noticia del hecho de armas referido.

Si se me avisaren los pormenores ocurridos, tendré el gusto de comunicarlos á vd.—*Escalante.*”

“San Gerónimo, Abril 15 de 1863.—Recibido en México á las 8 y 35 minutos de la noche.

Señor Ministro de la Guerra.—El General Echeagaray me dice



desde el pueblo de San Buenaventura con esta fecha, á las 5 de la mañana, lo siguiente:

"Cumpliendo con las órdenes que se sirvió vd. comunicarme, me dirigí antes de ayer del Cuartel General rumbo á Atlixco, con el objeto de hostilizar la fuerza enemiga que de Cholula se dirigió á la primera población y recobrarla ó quitarle los víveres que conduxese si era posible.

"Ayer á las 12 del día se avistó el enemigo en la llanura situada entre Atlixco y la cuesta de San Juan Tianguismanalco, y tuvo lugar un combate entre nuestra caballería y parte de la infantería con la fuerza enemiga, compuesta de las tres armas. En este primer encuentro el enemigo logró obtener ventaja sobre nuestra caballería, por cuya causa determiné que el batallón de infantería enviado en su apoyo, se replegase á las posiciones que con anticipación había escogido para dar ó resistir una acción. Entonces el enemigo, formando en columna de infantería, avanzó sobre nuestras posiciones hasta el pié de la cuesta de Tianguismanalco, abriendo sobre ellas sus fuegos de artillería.

"Estos no les fueron contestados durante media hora, con la esperanza de que avanzase hasta ponerse á tiro de fusil; pero no habiéndolo hecho, se contestó su fuego con nuestra artillería, y en el acto se retiró precipitadamente rumbo á Atlixco. El resultado de la lucha fué que quedáramos dueños del campo, habiendo caído en nuestro poder como quinientas cabezas de ganado vacuno, mulas y caballos, unas trescientas ovejas, cosa de treinta caballos árabes y varias armas.

"Tal resultado no pudo obtenerse, como era natural, sin algunas desgracias, de que daré á vd. conocimiento cuando reciba el parte detallado de los Jefes de las fuerzas que concurrieron á la jornada.

"En virtud de las instrucciones que se sirvió vd. dirigirme, regresé anoche á este pueblo á donde llegué á las diez.

"Libertad y Reforma. San Buenaventura.—A las cinco de la mañana.—Abril 15 de 1863.—*Miguel M. Echeagaray.*"

Y tengo la honra de transcribirlo á vd. para conocimiento del Supremo Magistrado de la Nación, añadiéndole que el parte inserto no lo recibí hasta esta tarde, porque á las primeras noticias que tuve de esta función de armas, salí del Cuartel General para el camino de Atlixco, con el fin de auxiliar personalmente á nuestras tropas, en caso necesario, y el correo no me pudo encontrar sino hasta mi regreso á Huexotzingo. Para que los soldados se repusieran de la fatiga que han sufrido durante tres días consecutivos, en los que no han tenido más alimento que el que escasamente se han proporcionado sobre el campo de batalla, ordené al General Echeagaray que volviera con toda la infantería á situarse en Huexotzingo, dejando en observación del enemigo á la Brigada Carbajal.

Con verdadera satisfacción he visto entrar á nuestras tropas en el mejor orden, victoriando á la República; y después de dejarlas

acuarteladas y de presenciar que tomaban su rancho, me he retirado á este Cuartel General, habiendo tomado antes todas las disposiciones que he creído convenientes para que estén prontas á batirse de nuevo, si los movimientos del enemigo así lo exigen.

Felicito al Supremo Gobierno por el entusiasmo y decisión con que continúan nuestras tropas defendiendo el honor é independencia nacional.

Libertad y Reforma. Abril 15 de 1863.—*J. Comonfort.*"

Del 15 al 21 del citado Abril, se libraron dentro de la ciudad de Puebla combates que merecen los honores de la descripción: el General Ghilardi salió por el rumbo del Carmen el día 15 en la tarde, á impedir los trabajos de zapa que llevaba á cabo el enemigo, empeñando una acción tan seria y tan comprometida ya para el invasor, que al paso veloz mandó reforzar el punto el General Forey, á las fuerzas cercanas al lugar del combate: las sombras de la noche pusieron término á aquel encuentro que llegó á tomar visos muy formales por haberse hecho extensivo el fuego á toda la línea del Sur de la ciudad.

La quietud de la noche fué interrumpida á intervalos por las descargas de artillería que se contestaban á su debido tiempo por ambos combatientes: en los días 16, 17 y 18 se repitió la misma escena, pero el enemigo no se atrevió á salir de sus atrincheramientos, conformándose con que unos cuantos soldados del tercer batallón de Zacatecas, á pecho descubierto, le hubieran quitado sus instrumentos de zapa, pegando fuego, antes de retirarse del campo enemigo, á los gaviones con que reforzaba el ramal de una de sus paralelas.

Las manzanas que defendía nuestro Ejército estaban ya en completa ruina á consecuencia del nutrido fuego que habían recibido en 15 días de constante asedio, pero era necesario no abandonarlas, y en todo caso era pre-



ciso que sucumbieran con la honra que á todos sus actos imprimía el Ejército sitiado.

El día 19 á las 4 de la tarde el enemigo atacó vigorosamente las manzanas que estaban al costado de la plazuela de San Agustín, con vista á la llanura, y la que se halla á la espalda de Santa Inés, empeñándose un sangriento combate cuerpo á cuerpo, y en el cual el valiente General Porfirio Díaz rechazó á los franceses, con sin igual bravura.

Entusiasmadas nuestras tropas con el triunfo obtenido, se descuidaron de prevenir un segundo ataque que los franceses emprendieron al entrar la noche, y aunque fué mucho el heroísmo de la defensa y mucha la sangre derramada por nuestros valientes, el punto sucumbió al fin: nuestras pérdidas fueron de consideración: 150 hombres del 4.º Batallón de Zacatecas y 300 de los Rifleros de San Luis y Aguascalientes.

El resto de nuestras fuerzas se replegó á la manzana de Santa Inés.

El General Berriozábal recibió una orden terminante, pero peligrosa en extremo para su ejecución.

Ya conocemos por otros hechos la sangre fría y la serenidad de que aquel Jefe dió siempre valiosas pruebas, así es que á nadie llamará la atención que en medio de las nutridas descargas que le hacían los enemigos, se lanzara con sus tropas á prender fuego á las manzanas ocupadas, orden que se le dió, y orden que ejecutó sin titubear: á pocos momentos el enemigo solo tenía en su poder ruinas y escombros.

Los fuegos continuaron con alguna lentitud los días 20 y 21 y vino un periodo de aparente calma que fué interrumpido el día 24 en la noche por la explosión de las minas con que los franceses volaron parte de la manzana de Santa Inés.

Antes de cantar la gloria alcanzada por nuestras fuerzas, y de entrar en detalles de suma importancia para facilitar el conocimiento exacto de los increíbles y heroicos esfuerzos del Ejército mexicano, tengo por desgracia que abrir el libro del odioso Córdoba, para darlo á conocer primero en toda su perversidad de sentimientos, y para aprovechar después sus palabras, que son la mejor corona depositada en la frente de los valientes hijos de mi Patria.

Para que un mentecato confesara la grandeza de nuestros soldados, se necesitó ofuscar su mirada con hechos sublimes que, como relámpagos de maldición, inundaran de luz la pupila del extraviado.

La primera parte de mi tarea la desempeño con repugnancia; pero es de todo punto indispensable dar á conocer la perfidia del despreciable historiador: la segunda parte llena mi alma de ese sentimiento indefinible que produce en el soldado el ¡ay! desgarrador de los heridos, y el canto entusiasmado de los vencedores: nuestro corazón fluctúa entre el placer y el quebranto, y en el mismo momento en que va á estallar la sonrisa del gozo, los ojos se humedecen al presenciar la agonía del compañero á quien solo la gloria le sirvió de espléndido sudario.

Empezaré glosando las líneas que trazó descaradamente Córdoba, en su citado libro.

“Día 24. Después del silencio que con muy pocas interrupciones hacía tiempo guardaban los franceses, á las 7 de la noche se oyó una extraña detonación y la tierra tembló instantáneamente; grande temor sobrecogió á todos *pensando* en que aquel nuevo incidente podría ser alguna catástrofe debida á la *desesperación y encono* de los juaristas. Como quiera que estos no se detenían en los medios, se *comprenderá que el caso no podía menos de alarmarnos*. Más á poco se supo la verdadera causa de aquella detonación.

Los franceses debían atacar el convento de Santa Inés; para lograrlo con mejor éxito, *necesario* era desalojar á las tropas que defendían la parte oriental de la manzana que seguía inmediatamente